

EL CORAZÓN DE LAS VIVIENDAS

ESPACIO PLAZA PUNTA DE RIELES

Gabriel Sosa

ESPACIO PLAZA

Actividades culturales, recreativas y deportivas
Pensadas POR y PARA el barrio



Aunque tiene forma irregular, con un extremo mucho más ancho que el otro, habría que hacer demasiado esfuerzo para encontrarle similitud con un corazón. Siendo sinceros, no tiene forma de nada. Es un espacio irregular encajado entre complejos de viviendas, que a su vez se apiñan entre el bulevar Aparicio Saravia y Camino Maldonado.

Pero el Espacio Plaza, aunque sin la forma, sí que es el corazón de esos tres complejos, y forma parte del corazón de Punta de Rieles, a pocos cientos de metros de su ubicación. Ahí nomás, a una o dos cuadras, casi en el punto en que Camino Maldonado se convierte en la ruta 8, está la pañalera donde atesoran una foto en la que se ve, tal vez más de un siglo atrás, el mismo edificio que ahora ocupan, pero cuando era una pulpería. Y a su alrededor, no había nada. Literalmente, nada.

Ahora sí que hay cosas. Un gigantesco supermercado a la vez mayorista y minorista. Dos escuelas. Comercios varios, incluyendo una agropecuaria. El monumento al cacique Zapicán. El Teatro de Verano y su biblioteca. Y mucho tráfico.

Todo eso le da la espalda a los tres complejos de viviendas y su plaza. Y por el otro lado, por Aparicio Saravia, no hay nada ni parecido. Ahí todo es quietud, vacío y una sola línea de ómnibus.

El Espacio Plaza es tan viejo como el barrio. Probablemente su forma irregular se haya ido moldeando con las décadas, a medida que se construían los diferentes edificios y casitas que lo rodean. Primero fueron los edificios de tres plantas formalmente conocidos como INDE 22, pero que desde siempre los vecinos llaman “el complejo policial”. No hay ningún misterio con el nombre: originalmente fueron viviendas construidas por el Ministerio del Interior para sus funcionarios.

Varios años después llegaron los nuevos complejos, esta vez cooperativos: Covieta (del gremio de los textiles) y Copvianpro (Complejo de viviendas Unión y Progreso). Entre los tres, y la avenida Punta de Rieles por el norte, terminaron de encerrar el Espacio Plaza.

Desde mucho antes de que Copvianpro y Covitex fueran ni siquiera proyectos ansiados de cooperativistas emprendedores, en el Espacio Plaza, que era también propiedad del Ministerio del Interior, había una cancha de fútbol, de administración dudosa. La usufructuaba un club de baby fútbol llamado (claro) Club Policial, que con el tiempo pasó a llamarse Club Integración Policial, y finalmente Club Integración. El manejo de la cancha pasó por distintas etapas y directivas, a medida que la propiedad del predio se hacía más y más confusa. Ocurrió que el Ministerio del Interior, propietarios originales, lo cedió al Ministerio de Deporte y Juventud, que proyecto construir allí mismo la Plaza de Deportes número 16.

Por esas cosas de las reestructuras estatales, cuando el deporte perdió su estatuto ministerial (en el medio fue parte del Ministerio de Turismo y Deporte) y se convirtió en tema de la Secretaría Nacional del Deporte (Senade), resultó que esta dependencia no tenía recursos para ocuparse de las plazas de deporte (ni de las reales ni de las proyectadas), y gentilmente se las cedió a la Intendencia de Montevideo (IM). La IM gentilmente aceptó algunas, descartó otras, y ese tejemaneje significó la muerte de la plaza 16.

Y para el Espacio Plaza, eso pareció la condena definitiva. A esa altura no era mucho más que un gran baldío con cancha de fútbol en un extremo, desnivelado, sucio, lleno de escombros y basura, sin más mejoras que un edificio rectangular de bloques y otra construcción, dos amplios vestuarios con baños, que en sí era demasiada amplitud para las actividades del club. También sobrevivía a un lado una casa de propiedad

igualmente dudosa, al parecer originalmente del Ministerio del Interior y por entonces refugio de gente en situación de calle. Un desperdicio de terreno, como hay tantos en Montevideo.

Hasta que revivió.

Una vecina de Covietex llamada Verónica fue la primera en acercarse, recuerda Mariana Sayagués. Se había enterado por Facebook, no se sabe bien cómo, que en el edificio de la plaza, antes semi abandonado y de uso exclusivo de los dirigentes del club de fútbol para fiestas y reuniones, se iban a comenzar a organizar actividades. Yoga, gimnasia, algo de eso. En el barrio iba a haber algo que hacer.

Mariana es integrante de El Abrojo, y junto con Lorena Briozzo fueron las que, en 2015, se hicieron cargo de llevar adelante el convenio que la organización había realizado con la Senade para organizar diversas actividades en el Espacio Plaza. Para revivirlo, podría decirse. Ya había una comisión de vecinos interesados en la plaza, pero al enterarse de que una ONG se iba a hacer cargo de la gestión, y por esas cosas de los prejuicios, renunciaron todos menos uno.

No era un comienzo muy auspicioso. Un enorme baldío sin mejoras. Ninguna comisión vecinal. Ningún vecino. Ningún proyecto definido. Apenas estaba Antonio Coronel, contratado para cuidar los espacios y manejar las relaciones con el club de fútbol, relaciones que desde el arranque no fueron nada buenas. Hoy Antonio sigue ocupándose de todo lo relacionado con el Espacio, y de abrirle los vestuarios a los jugadores de fútbol, además de asegurarse de que todo el material de las diversas actividades vuelva completo y a salvo cada día. “Es el único que sabe dónde está todo”, dice Mariana.

Pero nunca hay que minimizar las ganas de un barrio de tener su identidad propia. Primero fue Verónica, que comenzó a pasar el dato. Luego siguieron llegando, primero pocos, luego algunos más, a veces muchos. El contrato original con El Abrojo era de siete meses, a los que se agregaron dos más de prórroga. En realidad, estuvieron dos años, y cuando venció el acuerdo, el Espacio Plaza que dejaron no tenía comparación con el que encontraron, más en la parte social que en la física.

Las mejoras físicas, tomando en cuenta lo que había que remontar, tampoco fueron menores. Se reciclaron las construcciones existentes, se demolió la vieja casa deshabitada, se acondicionó el “salón multipropósito”. Se instalaron juegos infantiles en madera, donados por Antel y construidos por los Scouts. Se organizó una pequeña huerta comunitaria. Y se instaló una estructura de caño para realizar acrobacias en tela, una de las tantas actividades organizadas.

Pero el gran éxito fueron las excursiones de los sábados a nadar, primero a la Plaza de Deporte 5, y luego al Complejo Deportivo Ituzaingó. Se realizó un convenio con Ucott, y cada sábado dos ómnibus repletos llevan a los residentes de una zona sin playa, sin arroyos y sin piscinas, a tomar clases de natación. Hubo que tomar la medida de limitar a 80 los cupos disponibles, porque no se daba abasto. Sobre todo en verano, claro. Hasta se organizó un viaje al lago Calcagno, a navegar en kayak.

Todo esto se realizó a fuerza de voluntad pura. La caja chica de la que disponían Mariana y Lorena era de 2000 pesos mensuales. Hubo que moverse, y mucho, para conseguir todo lo que se logró: profesores que dieran clases, material para actividades diversas, una pequeña biblioteca, mejoras en las estructuras. Una de las tácticas fue prestar el salón para reuniones privadas, como solía hacer el club de fútbol antes, pero en lugar de cobrar, se pedía que se pagaran dos bolsas de

portland en una barraca cercana. Así se hizo obra.

Hoy hace más de un año que Mariana tuvo que dar por terminado el vínculo con el Espacio Plaza y su gente. Pero no los olvida, ni ellos a ella. Cuando Mariana habla de su época de reuniones de los jueves con la comisión, usa el tono que evidencia aquellas experiencias muy cercanas al corazón.

Uno de los grandes logros de la gestión de Mariana y Lorena fue la formación de una auténtica comisión pro plaza. En la actualidad tiene cinco miembros, y todos muy comprometidos. Ronald Olivera hace 34 años que vive en el INDE 22, prácticamente toda su vida. José “Chiche” Álvarez se mudó hace 23 años a INDE 22. Andrea Andino vive en el mismo complejo hace 16 años, y su hijo adolescente Nahuel también es integrante de la comisión (y participante entusiasta en las actividades de acrobacia en tela). Laura Schevzer es la última en integrarse al barrio, y así y todo ya hace 11 años que vive en Coviunpro.

Todos ellos llevaban al menos una década, algunos hasta tres, viendo el abandono cada vez mayor del corazón geográfico de su barrio. Que era “suyo” fragmentadamente.

“A los de las viviendas policiales no nos querían mucho”, recuerda José compartiendo mesa con sus compañeros de comisión. Y nadie lo desmiente. “Los gurises sí se integraban entre ellos, iban y venían sin problema. Pero los mayores no se juntaban para nada.”

Y ese fue el mayor triunfo de la comisión para el desarrollo del Espacio Plaza. Unificar en una zona compartida a tres sectores de un barrio que antes no tenían nada en común, a pesar de estar pegados unos a otros. Ahora, cada sábado dos ómnibus repletos llevan gente de los tres complejos, y de todos los

alrededores, a nadar juntos. Las clases que se estén realizando en el momento, de yoga, gimnasia, artes marciales, acrobacias, son abiertas a todos. Unifican.

La mayor alegría para el colectivo de vecinos (y para el barrio) fue enterarse de que la IM, con apoyo de la Senade, iba a invertir en el Espacio Plaza, y convertirlo en un verdadero centro de actividades. Toda la plaza se va a nivelar, reparar y reconstruir. Habrá canchas, espacios de juegos, paseo perimetral...

“El arquitecto no quería poner bancos”, rezonga Andrea. “A quién se le ocurre que no haya dónde sentarse.”

La comisión se reúne ante el último plano de la futura plaza. Ya se convocó a las empresas constructoras para que presupuestaran el trabajo, ya está la financiación aprobada. Nadie se arriesga a dar una fecha de inicio de obras (ni mucho menos de finalización), pero que se hace, se hace. Hubo cambios, idas y venidas, pero al fin hay un proyecto definido. Los dos edificios existentes se unificarán en uno, con puertas corredizas separando ambientes (la idea mucho no le gusta a la comisión: las puertas corredizas que ya existen no son nada prácticas, prefieren otros mecanismos más funcionales a las características de la plaza). La cancha de fútbol será aislada del resto de la plaza, y se construirán sus propias instalaciones. Habrá una cancha polideportiva, un espacio para skaters y patinadores, árboles, otros espacios señalados con colores en el plano que no se sabe bien qué serán, y no habrá una fuente con aguas danzantes como pretendía el arquitecto. Y a futuro, quieren y merecen, el sueño de la piscina propia, por qué no. Para algo la comisión ahora representa a todo un barrio unido y motivado, deseoso de gestionar su propio espacio y de crear redes con el resto de los (pocos) espacios culturales de Punta de Rieles. Básicamente, al día de hoy, el Teatro de verano y la biblioteca.

Este es el próximo desafío que pretenden encarar: presentarse a un llamado del MEC para proyectos de redes culturales barriales.

Y así, paso a paso, sumando siempre, algún día, qué duda cabe, llegarán a la piscina propia. Que, viendo lo abigarrado y completo del proyecto municipal para la plaza, puede generar la duda: ¿dónde ubicar esa piscina tan querida?

De inmediato casi todos los dedos de la comisión se apoyan decididos en el mismo sector del plano: la cancha de fútbol.

El barrio se sigue expandiendo. Del otro lado de Aparicio Saravia, aunque todavía queda muchísimo terreno libre, se están multiplicando los complejos de viviendas. Algunos cooperativos, otros de diversos programas estatales, realojos de asentamientos, de todo. Cada vez más lejos, cada vez más gente. Y si los servicios son dudosos y escasos (por Aparicio Saravia pasa una sola línea de ómnibus, que en horas pico es tristemente inadecuada), hay que imaginarse los espacios sociales y culturales. Nada indica que la expansión del barrio vaya a detenerse, y no sería raro que dentro de una década el Espacio Plaza sirviera de punto de referencia al doble de gente, o al triple.

Previendo eso, el colectivo de vecinos decidió formalizarse a lo grande, y se convirtió en una asociación civil sin fines de lucro, que les permitiera por su cuenta presentarse a llamados, apoyos o programas oficiales, como el del MEC que ya tienen en la mira. Hubo una larga discusión acerca de si lo más conveniente era la asociación civil o una cooperativa, y se decidió por la primera. Para lograr el reconocimiento como tal, se necesita mucha gente. Una veintena de personas.

“La gente está”, dice Laura, y sonrío.

